

de mucha estimación en el seno de una sociedad escogida.

No obstante que seguía siendo piadosa, se engolfaba á veces demasiado en los placeres y fiestas del mundo. Durante la primavera y el verano asistía á los paseos y á los bailes, y su voz, verdaderamente argentina, resonaba en los conciertos de las gentes dichosas. Pero cuando llegaba el mes de Noviembre con sus nieblas y su lluvia menuda y sus vientos que braman en el exterior de la casa, se acordaba de cuando fué niña y pobre, y en la carta que escribió á Dios pidiéndole el remedio de su miseria. Entonces salía á pie por las calles de París cubiertas de nieve, y socorría á los ancianos y á los niños indigentes, convencida de que los bienes de fortuna que la Providencia pone en manos de los ricos, son otros tantos depósitos destinados á remediar las necesidades de los menesterosos. Siempre que Margarita daba limosna, repetía en su interior las sublimes palabras del párroco:

“¡Dios nunca deja sin respuesta la carta del pobre.”

México, Noviembre 8 de 1857.

## ESTRELLA





## ESTRELLA

---

¿Eres, lector, amigo de la pintura? Yo lo soy en sumo grado, y te lo digo aunque no me lo preguntes. Siempre que hay ante mis ojos un linezo, y en ese lienzo está retratada por una mano hábil la más noble de las obras de Dios, es decir, el hombre; y en la fisonomía exterior, digámoslo así, de ese retrato se ve reflejada su fisonomía moral, me agrada seguir con la vista el curso de ese pensamiento que se revela en las arrugas ligeras de una frente espaciosa: el desarrollo de esa cólera que anuncia la contracción nerviosa de un semblante lívido; la emanación de amor que exhalan esos ojos lánguidos, que se escapa de esos labios entreabiertos.



Sin embargo, cuando me hallo ante el original y la copia, prefiero examinar aquél, lo que, según entiendo, sucede á todo el que posee un mediano gusto.—Ahora bien: es de creerse que si el Evangelio no se hubiese escrito, careceríamos de las vírgenes de Murillo y del Descendimiento de Rubens: es de creerse que Claudio de Lorena, al retratar el amor, copió á Virgilio, y que Lawrence estudió la energía y al mismo tiempo la dulzura de sus sombras en las figuras acabadas de Shakespeare. De consiguiente, Murillo, Rubens, Claudio de Lorena y Lawrence son únicamente copistas; San Marcos, Virgilio y Shakespeare son los artistas verdaderos; los cuadros originales de este género de artistas son de todo mi gusto: hallo un placer positivo en estudiarlos y examinarlos.

Yendo, pues, un día á caza de esta clase de pinturas, entré en un vasto edificio, cuyo rótulo puesto al frente, decía: "Galería dramática de todas las naciones y de todos los siglos." Por lo que después conocí, únicamente dos personas habitaban aquel vasto local: un viejo de barba y cabellos canos, cubierto de andrajos y apoyado en un báculo, y una joven de semblante ri-

sueño y picaresco, de cuerpo elegante y carácter festivo y bullicioso: en los ojos de aquél, en su frente, hallábase impreso el sello de la experiencia y la sabiduría; en el conjunto de ésta había un atractivo, á que difícilmente resistían cuantos pisaban el umbral de aquel edificio. Preguntéles su nombre, y el viejo con voz grave y pausada me contestó:—"Soy el Tiempo," mientras que la joven encantadora, acariciando al disimulo mi mejilla, murmuró con voz dulce á mi oído:—"Yo soy la Moda: sígueme."

Mi elección entre aquellos dos personajes no podía ser dudosa, y desde luego seguí á la joven.

Me introdujo en una sala espaciosa, cuyas paredes estaban adornadas de multitud de cuadros: torrentes de luz se desprendían de las altas ventanas esparciéndose sobre los vivísimos colores de aquellas pinturas cuidadas con todo esmero y hechas objeto de la curiosidad universal. La multitud que acudía á admirarlas y prorrumplía en gritos de aplauso, me impedía examinarlas á mi entera satisfacción: luego que aquélla desocupó un tanto la sala, mi bella introductora se apoderó de mi brazo y me condujo hacia



los cuadros, que por lo pronto me deslumbraron, lo confieso.

Algunos de ellos tenían escrito el título de la composición y el nombre de su autor: es imposible que recuerde todos los títulos y todos los nombres; citaré, sin embargo, al "Rey Monje," por D. Antonio García Gutiérrez; á "Margarita de Borgoña," por Mr. Alejandro Dumas; á "Macías," por D. Mariano José de Larra; "Carlos II el hechizado," por D. Antonio Gil y Zárate; á "Catalina Howard" y "Antony," por Mr. Alejandro Dumas; á "Angelo tirano de Padua," por Mr. Víctor Hugo.

Los ropajes de todas estas figuras eran brillantes: las carnes frescas, el conjunto de los cuadros deslumbrador.

Me aproximé todavía más al través de este conjunto, de esas carnes y de aquellos ropajes, buscaba el sentimiento, buscaba el corazón de los protagonistas, buscaba el corazón del artista, que se refleja en sus obras como el sol en la superficie del mar.

Me pareció que "la obra más admirable de la creación" no estaba retratada fielmente; me pareció aun más, que estaba calumniada. ¿Aquellas figuras hablaban, se movían y obraban por impulso propio, ó á impulso de la

mano de un Ser incomprendible, que los artistas dieron en llamar el "Destino?" ¿El adulterio, el puñal y el veneno, son las únicas formas visibles del sentimiento humano? ¿Son estos cuadros el espejo en que se refleja una sociedad corrompida? ¿Son las lecciones con que se le quiere corromper más de lo que está?

Tales preguntas hacíame yo, cuando el viejo, ó sea el "Tiempo," sacó un espejo que llevaba oculto bajo su manto andrajoso y lo aplicó á los cuadros: sus bellos colores habían desaparecido: todas las figuras eran repugnantes y deformes.

Luego lo aplicó á la joven que me había acompañado, ó sea "la Moda." ¡Cuál fué mi estupor! Aquella joven no era sino una vieja coqueta de peluca, dientes postizos y Meno el cutis de afeite. Volví á otro lado el rostro para ocultar un gesto de horror involuntario, y ella hizo con sus hombros un movimiento de desprecio.

En seguida el viejo me señaló con su báculo un corredor oscuro, lleno de polvo y ninguna concurrencia: poco á poco el viejo fué limpiando por medio de un lienzo húmedo, multitud de cuadros antiquísimos y colocando uno tras otro bajo la acción de la luz.



¡Qué figuras tan nobles, tan bellas, aparecieron sucesivamente á mis ojos! ¡Cómo sin esfuerzo alguno mi entendimiento, comprendía el espíritu que había precedido á la formación de cada uno de estos cuadros! El tiempo que ha transcurrido desde que fueron ejecutados hasta la época actual, ha introducido tal variación en las fisonomías, en los trajes, en las actitudes, que el conjunto de muchas de esas obras nos parece monstruoso, quizá porque las examinamos á la luz del día de hoy, siendo así que debiera examinarse á la luz misma con que fueron pintadas; mas prescindiendo de ese conjunto, lo repetiré: ¡qué figuras tan nobles, tan bellas! Allá está "Desdémona;" más acá la dulce, la interesante, la desgraciada "Ofelia;" cerca, á dos pasos de vos solamente, veréis una "Estrella," que si no es la de la mañana, por lo menos iguala á ésta en brillo y hermosura. ¿Conocéis á "Estrella?" Es precisamente de quien me voy á ocupar.—Pero la introducción, lo sospecho, ha sido demasiado larga y comenzáis á fastidiaros. ¡Salga "Estrella" á la escena!

¡Qué hermosa es la "Estrella de Sevilla!"

Tan hermosa, que Sancho Ortiz de las Ruelas, su novio, no se cansa de verla, no se cansa de amarla. Bustos Tavera, hermano de "Estrella," se opone á la boda de los amantes.

El rey D. Sancho ha visto á "Estrella," la ama é intenta galantearla. Bustos cuida con vigilancia del honor de su hermana, sorprende en su casa una noche al rey, que había sobornado á una de las esclavas para entrar, pone mano á la espada, le arroja á la calle y asesina á la esclava.

Irritado el rey, llama á Sancho Ortiz y le ordena que mate á un vasallo que ha sacado la espada contra él: Sancho promete obedecer y pregunta el nombre de la víctima. Esta víctima era Bustos Tavera.

Sancho vacila, pero ha dado al rey su palabra y es forzoso que la cumpla: en la época á que se refiere el drama, no cabía en un pecho español la indecisión al tratarse de cumplir una orden del monarca. Solicita á Bustos, le desafía, se batien, y Bustos muere.

Traen el cadáver á la presencia de Estrella: ésta se precipita sobre él, lo baña con sus lágrimas y llama á Sancho Ortiz, su novio, para que venga la muerte de Bustos.

Entonces le dicen que es Sancho



quien ha dado muerte á su hermano, y abrumada por este nuevo golpe se admira de no caerse muerta. Efectivamente, acaba de perder también á su novio; un lago de sangre se interpone entre ellos desde hoy.

Sancho está preso. Entretanto, confiesa que ha muerto á un hombre y se obstina en ocultar los motivos que tuvo para obrar así: los jueces le condenan; pero el rey al mirar el heroísmo de Sancho, le salva descubriendo su inocencia y confesando su propia culpa.

Ha sido necesario dar una idea del drama en general, para que el lector conozca algún tanto el carácter de la protagonista. Para eso se necesita igualmente que oiga hablar á Estrella: una sola frase da muchas veces á conocer á la persona que la pronuncia, mejor que el retrato más esmerado. Oigámosla cuando se separa del tocador, y cuando Bustos ha consentido ya en su enlace con Sancho, ignorando ella todavía que éste lo sepa.

“No sé si me vestí bien,  
Como me vestí de prisa:  
Hasta aquí me han descuidado,  
Que no ser bella quería.

Sin guarda entre poderosos  
Es la hermosura desdicha....  
Hoy de mi esposo adorado  
Al ardiente amor rendida,  
Es obligación y es gusto  
Ponerme á sus ojos linda.  
Quisiera hoy ser la más bella  
De cuantas hay en Sevilla.  
Porque el placer de D. Sancho  
Con mi contento compita.  
;Qué gloria será ser suya  
Después de tantas fatigas.  
Tales sustos, dudas tales,  
Tanto tuyas como mías!  
;Con qué contento, Teodora,  
Mi papel recibiría  
Aquella alma que en amarme  
Tiene toda su delicia!  
;Con qué contento tan dulce  
Y con cuánto gusto, amiga,  
Entre el placer y el rubor  
Le recibiré sumisa!  
Páreceme que le veo,  
Bañado el rostro de risa,  
Acercarse el más gallardo  
De Sevilla... ;qué Sevilla!  
Ni todo el orbe á mis ojos  
Contiene igual gallardía.  
;Cómo al alargar la mano  
Se esmerará su caricia!



Pienso escucharle y que dice  
Mil cosas tan bien sentidas,  
Que sale el alma á los ojos  
Con el amor que las dicta;  
Dichas ¡ay! son de mi estrella:  
¡Venturosa estrella mía,  
Que no creía yo ver  
Tanto gozo y tales dichas!

Nuestra heroína es de una extrema-  
da belleza física, como puede deducir-  
se del violento amor que ha inspirado  
á Sancho y al rey mismo. En cuanto  
á sus cualidades morales la vemos in-  
genua, sencilla, ardiente, apasionada.  
Parece que la voz, que sólo produce  
un murmullo armonioso de amor, per-  
mítasenos calificar así los anteriores  
versos, no ha de haber sido capaz de  
avergonzar al rey en la primera entre-  
vista que tuvo con Estrella y que el  
monarca recuerda de este modo ha-  
blando con un confidente suyo:

“Páreceme que la escucho:  
Soy—dijo á mi favor loco—  
Para esposa vuestra, poco;  
Para dama vuestra, mucho.”

A poco de haber pronunciado Estre-  
lla las palabras que más arriba hemos

citado, la traen el cadáver de su her-  
mano Bustos, y ante él y ante Sancho  
el matador, exclama:

¡Sosténme, Teodora, un poco!  
Sosténme que estoy sin brío:  
Acércame á ese infeliz  
De mi socio enemigo,  
Que fué duro como un mármol  
Y está como un mármol frío....  
Vuélveme á sentar, amiga....  
No pueden mis pies conmigo....  
¿Lloras, Sancho? En ese pecho  
Tan feroz y empedernido  
Pudo lástima caber  
Del pesar y dolor mío?  
¿Del dolor que vos causáis?  
Acercádmelo, os suplico;  
Que aun alzar la voz no puedo.

**Sancho.**—¡Gran Dios! ¡Hay mayor suplicio?

**Estrella.**—Dime, corazón de piedra,  
Sancho por mi mal nacido,  
De odio y amor junto extraño  
Y origen de mis martirios;  
¿En qué te ofendió mi hermano?  
Estrella, ¿en qué te ha ofendido?  
¿De donde esperé el amparo  
La desolación me vino!

**Sancho.**—Pues veis que un corazón, duro  
Cual decís, y empedernido,



Llora, ¿qué me preguntáis?  
Leed el interior mío,  
Que estas lágrimas os dicen  
Todo aquello que no digo.

Estrella.—Yo no os entiendo, D. Sancho.

Sancho.—Ni yo me entiendo á mí mismo.

Estrella.—¿No sabíais las venturas  
Que el amado hermano mío  
Te preparaba?

Sancho.— Señora,  
Bustos propio me las dijo.

Estrella.—¿Y pagaste su fineza  
Con darle la muerte, impío?

Sancho.—Pues entonces le maté,  
Ved cuál sería el motivo.

Estrella.—¿Dió él la causa?

Sancho. —No la dió.

Estrella.—¿Y la dí yo?

Sancho. —Estáis sin juicio:  
¿Vos ofender á D. Sancho!

Estrella.—Pues si los dos no hemos sido,  
¿Quién pudo tanto con vos  
Que os arrastró al precipicio?  
¿Ha sido el rey?

Sancho. —¡Ay, Estrella!  
No fué sino mi destino:  
Maté á un hombre, maté á Bustos,  
Maté á mi mayor amigo,  
A un hombre tal que primero

Me mataría á mí mismo;  
Y le maté con razón,  
Matándole sin motivo.  
Cometí una atrocidad,  
Mas no cometí un delito.  
Ni puedo, ni diré más;  
Y aun más que debiera he dicho:  
Entended vos lo que callo  
Por lo mismo que no digo.”

La situación desgraciada de Estrella la comunica mayor interés: cada palabra suya es un ¡ay! de dolor; cada una de las reconvenções que dirige á su amante revela su exquisita sensibilidad.

Cuando estaba próxima á ver coronados sus deseos, sus votos, la muerte le arrebató á su hermano. No la quedaba en el mundo otro apoyo que el de Sancho su novio; acude á él; pero he aquí que la mano de Sancho aparece ensangrentada: que Sancho es el asesino de su hermano: que ella tan joven, tan hermosa, queda sola en el mundo, sin más amparo que el de Dios.

Dirige á Sancho graves cargos, y en ellos, sin embargo, no hay una palabra dura; los dulcifica el amor que á su pesar siente por él: en ellos se tras-



luce el deseo de que el amante se disculpe: en ellos no se sabe si predomina el dolor que siente por la pérdida de su hermano, ó el amor que no puede arrancar de su corazón, porque tan hondas así son las raíces que había echado en él.

Solamente la imaginación fecunda, el corazón sensible y caballeresco del amante, del guerrero, del sacerdote, del gran Lope de Vega, pudieron haber ideado y ejecutado esta obra acabada, esta muestra de su sexo "al que miraba, como dice un autor contemporáneo, con una especie de admiración, de tal suerte, que nunca supo pintarlo en sus comedias, sino como la creación más perfecta del Ser Supremo."—"Las mujeres de Lope, añade, son siempre un dechado de hermosura y de virtudes; se presentan como el tipo ideal de su especie, como seres más divinos que humanos; y esta constancia en una misma idea reproducida bajo mil formas diferentes y en cuadros tan numerosos, no podía provenir sino de un sentimiento íntimo, invariable, profundamente grabado en su corazón y que dominaba todos sus pensamientos."

La forma de "Estrella" es sin duda

la más hermosa de cuantas produjo el pincel de Lope de Vega.

He dicho que la mayor parte de las obras dramáticas antiguas, nos parecen monstruosas en su conjunto, y consideradas así, estoy muy lejos de constituírme en defensor suyo. El transcurso del tiempo ha traído consigo la mudanza en los sentimientos, en las costumbres y hasta en el idioma de la sociedad, que hoy nuestro público se duerme si es puesta en escena la mejor pieza de Racine, de Alarcón ó de Moreto, mientras la más insignificante "Vaudeville" mantiene su atención despierta. Aquéllas han caducado, preciso es confesarlo, y han caducado, no por falta de mérito, no porque las obras modernas les sean superiores, sino porque su época pasó; porque éstas se adaptan más á los sentimientos, á las costumbres y hasta al lenguaje social de hoy; pero séame lícito preguntar si hay muchas figuras en el teatro moderno que puedan compararse en belleza moral á las que encierra el antiguo en sus empolvados volúmenes; séame lícito preguntar, si nuestros autores dramáticos no deberían estudiar con detenimiento aque-



llas figuras, despojarlas de su antiguo ropaje y presentarlas en la escena bajo diverso aspecto, sí, pero siempre nobles y grandiosas; séame lícito preguntar, por último, si la misión del teatro es la mejora de las costumbres, y si la exageración de las virtudes de que hicimos mención al hablar de Lope, no ejercerá más saludable influencia en las costumbres, que la exageración de los crímenes, que es el carácter dominante del teatro moderno.

En cuanto á mí, debo confesar que al volver de esta sala obscura y solitaria á que me condujo mi mentor “el Tiempo,” hacia la sala brillante donde “la Moda” me enseñaba á porfía esos cuadros en que la paleta de los artistas, á quienes hoy preconiza la sociedad, ha empleado sus más deslumbrantes colores, he echado menos los lienzos empolvados y maltratados por los años y el olvido. Torno á ver aquí el hombre y á la mujer arrastrados por un “ciego destino” al adulterio y al asiento.—¿No os interesan—se me dirá—esa “Tisbe” que avasalla y engaña al tirano; esa “Catalina” que todo lo sacrifica á su ambición; esa mujer que se inflama en amor á “Macías;” esa otra mujer á quien echa su pasión en los brazos de Antony? Sí.

contestaré: me interesan, me deslumbran la originalidad, la brillantez de las formas de todas estas producciones, pero de ninguna manera su pensamiento, sus tendencias. Estoy dispuesto á reconocer en todos estos autores las ricas dotes que el mundo les concede: estoy dispuesto á pagar á su ingenio el humilde tributo de mi admiración, sin que de ello se deduzca que las obras que he citado hayan de ser esencialmente buenas.

Yo á mi vez, para concluir este largo artículo, preguntaré á mis lectores: ¿Podréis no amar á Estrella? ¿Podréis no querer imitar su sencillez, su ingenuidad, su exquisita sensibilidad?

México, Junio 22 de 1854.